



El mal del ego o el traje nuevo del Emperador

Cuando el “yo” y la carrera profesional de ese “yo” pasa a ser la máxima prioridad del directivo, por encima de la atención a los demás e incluso situándose por delante de los objetivos de la empresa, el afectado padece los efectos del mal del ego. El ego, que podría parecer una virtud para ganar en seguridad personal e ir escalando laboralmente, se convierte poco a poco en un lastre que hará imposible que el directivo avance en el campo profesional. La obsesión por la imagen será uno de los primeros síntomas que indicaran que se ha caído en brazos de este “pecado directivo”.

PALOMA PÉREZ BRAVO, Directora de Recursos y Sistemas Pelayo Mutua de Seguros

No es malo tener ambiciones y deseos de superación por ascender en la empresa. Sin embargo, si llegamos a exagerar nuestra preocupación por el éxito profesional, podemos caer en el tercer y más maligno de los pecados del líder: “el mal del ego o del traje nuevo del emperador”. Este mal hace que solo podamos prestarnos atención a nosotros mismos y a nuestros logros, distorsionando y magnificando la visión de lo que en realidad somos o hemos conseguido. El mal del ego tiene, además, unas necesidades insaciables de ser alimentado, convirtiendo a los líderes afectados, en auténticos

consumidores de energía capaces de dejar exhaustos a todos los que le rodean.

TODOS TENEMOS EGO

No hay duda al respecto. Todos, además, somos susceptibles de contraer la enfermedad del ego. Y es aquí donde podemos tener dudas de si hemos –o no– sufrido el mal en alguna ocasión.

Marcurm, Smith y Khalsa, han investigado el efecto del mal del ego en el proceso de toma de decisiones, llegando a las siguientes conclusiones: un tercio de todas las decisiones que se producen en las empresas, reflejan un enfoque egocéntrico empeñado en llevar las riendas. Casi dos tercios de los directivos jamás exploran una segunda alternativa aún cuando se la proponen, y como consecuencia, el 60% de dichas decisiones se desechan o acaban siendo erróneas.

Estas cifras reflejan, por un lado, la baja inmunidad que tenemos los directivos a la enfermedad del ego, y por otro, cual dañino es el mal para la eficiencia y el cumplimiento de objetivos de la empresa.

¿Cómo saber si se está aquejado por el mal?; analicemos sus síntomas.

FICHA TÉCNICA

Autor: PÉREZ BRAVO, Paloma.

Título: El mal del ego o el traje nuevo del Emperador.

Fuente: Capital Humano, nº 220, pág. 66. Abril, 2008.

Resumen: El ego, marcado por la excesiva preocupación por el éxito profesional y la ambición protagoniza la tercera entrega de la serie de artículos en los que se profundiza sobre los siete principales pecados o culpas del directivo del siglo XXI. La obsesión por la imagen, la inseguridad del afectado o el análisis de las consecuencias del mal para el desarrollo personal son algunos de los epígrafes más significativos del artículo que concluye dando pistas de “autoanálisis” que permiten detectar si uno mismo ha caído ya, irremediablemente, en ese mortal pecado.

Descriptores: Pecados / Organización.



OBSESIÓN POR LA IMAGEN

El primer síntoma del mal es una necesidad desmesurada de protagonismo. El mal del ego o del traje nuevo del emperador, hace que necesitemos ser admirados. Nos obsesionamos de tal manera por nuestra imagen, que llegamos a dedicar una gran parte de nuestro –siempre escaso– tiempo a su control. Sin darnos cuenta, el cuidado de nuestro “yo” pasará a ser nuestra máxima prioridad; antes incluso que la atención a nuestros colaboradores, nuestros clientes o la consecución de los objetivos de negocio. El mal nos hará creer que nuestra misión no es “servir” si no “ser servido”.

“Hace muchos años había un Emperador tan aficionado a los trajes nuevos, que gastaba todas sus rentas en vestir con la máxima elegancia (...) de la misma manera que se dice de un rey: “Está en el Consejo”, de nuestro hombre se decía: “El Emperador está en el vestuario”.

LA CEGUERA DEL EMPERADOR

El mal del ego es como una niebla cada vez más densa que nos impide ver más allá de nosotros mismos. Bloquea nuestra facultad de distinguir –tanto en nosotros como en

los demás– la parte positiva y la negativa simultáneamente. Se produce entonces un curioso fenómeno: cuando nos miramos a nosotros mismos, sólo podemos ver la parte positiva, en cambio, cuando miramos a nuestros colaboradores, sólo podemos centrarnos en la negativa.

Este hecho, distorsiona de tal manera la imagen que tenemos de nosotros y de los que nos rodean, que terminamos creyendo poseer un nivel de perfección e infabilidad, muy por encima de la media. Esta quimera hace que tratemos de buscar en los demás, imperfecciones y errores que refuercen esta idea de superioridad. Nos puede llevar, incluso, a apartar de nuestro lado a aquellos que, aunque sea en nuestra imaginación, puedan hacernos sombra en nuestra indudable perfección. Colaboradores que serán un gran regalo para la competencia.

“Una vez se presentaron dos truhanes que se hacían pasar por tejedores, asegurando que

El mal del ego hace que solo podamos prestarnos atención a nosotros mismos y a nuestros logros, distorsionando y magnificando la visión de lo que en realidad somos o hemos conseguido

sabían tejer las más maravillosas telas (...) las prendas poseían la milagrosa virtud de ser invisibles a toda persona que no fuera apta para su cargo o que fuera irremediamente estúpida (...) el emperador los nombró tejedores reales” .

LA INSEGURIDAD CONTAGIOSA

El mal del ego no fortalece nuestra autoconfianza sino todo lo contrario; nos hace ser personas inseguras obsesionadas por nuestra posición y nuestra imagen. El mal del ego nos hace ser susceptibles, nos hace dudar de todo y de todos y hasta puede llegar a desequilibrarnos emocionalmente.

Un ego enfermo, no quiere mostrar debilidades o limitaciones. Evitará hacer cualquier pregunta que pudiera dar muestras de “no saberlo todo”. El ego enfermo, nos impide aprender y evolucionar. Nos obliga a crear distancias con nuestros colaboradores, ante el miedo de que puedan descubrir el menor atisbo de imperfección.

Aún así, las consecuencias más graves del mal no las encontramos en nosotros mismos, sino en nuestros colaboradores. Nuestra inseguri-



dad nos hace ser excesivamente tajantes a la hora de exponer una opinión. No aceptaremos ninguna alternativa o corrección proveniente de un colaborador, que pudiera interpretarse como falta de conocimiento o ineptitud –o al menos, así lo creemos nosotros–. Este comportamiento, termina provocando una gran inseguridad en nuestro equipo que se rendirá a la evidencia de no poder generar ideas no alineadas con las nuestras. El mal del ego hace que el talento creativo de la empresa se suicide, cerrando las puertas a la innovación.

“Me gustaría saber si avanzan con la tela”-, pensó el Emperador. Pero había una cuestión que lo tenía un tanto cohibido, a saber, que un hombre que fuera estúpido o inepto para su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo.

Nadie permitía que los demás se diesen cuenta de que nada veía, para no ser tenido por incapaz en su cargo o por estúpido”.

¿UN LÍDER SIN EGO?

Los estudios de Marcunr, Smith y Khalsa confirman la hipótesis de que los empleados con un fuerte ego ascienden más rápidamente en la empresa. El ego los convierte en seres un tanto maquiavélicos y manipuladores. Presionados por sus propias inseguridades intentan a toda costa, demostrar que son los mejores; harán lo que sea necesario para caer bien a las personas clave y ascender rápidamente. Desde esta óptica, puede parecer que un fuerte ego, es un atributo básico en todo buen líder.

La realidad es justamente la contraria; un ego fuerte no hace grande al líder. El ego lastra para liderar. El mal del ego o del traje nuevo del emperador llega a esclavizarnos de tal forma que bloquea nuestra capacidad de servicio a los demás y de trabajar en equipo. El mal termina aislándonos hasta convertirse en la principal causa de nuestro fracaso.

El mal del ego tiene, además, un efecto demoledor en nuestras competencias –tal y como afirman Marcunr, Smith y Khalsa–: convierte nuestras fortalezas en debilidades. Nuestra seguridad se puede convertir en sentido de infabilidad, nuestra agilidad en apresuramiento, nuestra agudeza en fricción, el estado de alerta en estrechez de miras, la dedicación en adicción al trabajo, el

control en rigidez, la valentía en estupidez, la perseverancia en resistencia al cambio, el encanto en manipulación, el poder en auto-cracia, y la flexibilidad en ambivalencia.

“Aquello inquietó al Emperador, pues barruntaba que el pueblo tenía razón; mas pensó: «Hay que aguantar hasta el fin». Y siguió más altivo que antes; y los ayudas de cámara continuaron sosteniendo la inexistente cola”.

DESVESTIR AL EMPERADOR

El mal del ego se alienta a costa del crecimiento de los colaboradores y la prosperidad de la empresa. Sus efectos son letales; la única cura es la prevención. De aquí que, siguiendo el consejo de Marcum debemos “hacernos chequeos” periódicos del ego.

De pequeña me fascinaba el cuento de Andersen: “El traje nuevo del emperador”. Me imaginaba al emperador en paños menores, delante de toda su corte, y me preguntaba que podría llevar a alguien hacer el ridículo de

esa forma. ¿Como no se daba cuenta de algo tan evidente?; ¿Acaso no notaba el frío?, ¿Por qué nadie se lo decía?, ¿No tenía confidentes? ¿Por qué se fiaba antes de unos truhanes desconocidos que de su propia corte? ¿Por qué nadie se atrevía a no seguir a la mayoría? Y, una vez descubierto, ¿Por qué seguir con la falsa y no reconocer el error?

Muchos años después me pregunto cuantas veces mi ego me ha hecho hacer el ridículo delante de mis colaboradores; no escuchándolos, no creando un clima de confianza donde se atrevieran a decirme: “¡Pero si no llevas nada!”.

“–¡Pero si no lleva nada! –exclamó de pronto un niño.

–¡Pero si no lleva nada! –gritó, al fin, el pueblo entero”. ▲

NOTAS

(*) Business Think by Dave Marcum, Steve Smith & Mahan Khalsa.

